

temprana muerte de Abías, hijo de Jeroboam, y las lamentaciones de todo Israel por la muerte de éste. Podrá ser, asimismo, histórico que en aquella ocasión pronunciara Ahías de Silo un oráculo, cuyo texto, sin embargo, no ha llegado hasta nosotros. Mas aun lo poco que el autor del Libro de los Reyes refiere, en los pasajes ya indicados, sobre el rey Jeroboam, que tan funesto papel representa en la historia de Israel y cuya importante significación es indudable, resulta en parte sin valor alguno histórico, porque no es mas que una opinión deducida necesariamente del punto de vista deuteronomista sobre las disposiciones adoptadas por aquel rey en materias del culto. Después de comunicarnos que Jeroboam ha edificado á Siquem, esto es, la ha mejorado para convertirla en capital y residencia real, y que posteriormente se traslada á Penu'el (1), donde también hace nuevas edificaciones — tal vez la reconstrucción del castillo destruido por Jerobbaal, — refiere el narrador que Jeroboam teme que el pueblo se vea tentado á volverse con Roboam si sigue acudiendo á las fiestas de Jerusalén, y que para apartar este peligro que le amenaza, manda construir dos becerros de oro, ó sea dos imágenes de Jehová en figura de toro, y colocar una de ellas en Bet-el y la otra en Dan. Según el autor del Libro de los Reyes, así se origina como culto cismático del reino del Norte el en realidad antiquísimo culto de los altos (2), completamente legítimo en tiempo de Jeroboam, tanto en Israel como en Judá, é igual al que se practicaba en el templo de Salomón. Este es el pecado de Jeroboam, en el cual hizo caer á Israel y al cual sucumbieron asimismo los reyes posteriores. No es óbice para la apreciación histórica del narrador el hecho de que en Judá dominara también el mismo culto, pues lo explica en 14, 22 y 23, diciendo que era imitado del de Israel (3).

Jeroboam presenta los becerros de oro á Israel, diciéndole que ya no tiene necesidad de ir en peregrinación á Jerusalén y que aquel es el dios que le sacó de Egipto (4). Israel se deja seducir y abandona el templo de Jerusalén.

No hay razón alguna para dudar de que Jeroboam pusiera en Dan y Bet-el estatuas de oro. Consistía el antiguo santuario de Bet-el en la piedra de Jacob, que dió su nombre al todo y representaba primitivamente la imagen de Dios, templo y altar. En Dan, sin embargo, solo existió la antigua estatua ó imagen de Dios de la efrimita Micha, hasta la época de la destrucción de Silo, según Jueces, 18, 31; pero no se dice en parte alguna dónde fué á parar después ni cómo desapareció. De todos modos esta consagración de imágenes

presenta en 14, 1-18, la intercalación de otra leyenda igualmente post-deuteronomista. Abías, hijo de Jeroboam, está enfermo. El rey manda á su esposa que vaya á consultar al profeta Ahías de Silo sobre el resultado de la enfermedad, pero encargándola que se disfraze, pues teme que la enemistad de Ahías pueda influir en el oráculo. Mas Ahías es informado inmediatamente por Jehová de lo que pasa, y apenas oye las pisadas de la reina al acercarse á su puerta, le grita que entre, pues tiene que comunicarle una mala noticia. Jehová se ha desengañado de Jeroboam, el cual no sigue los caminos de David y practica un culto reprobado. Su hijo morirá tan pronto como ella vuelva á poner los pies en el palacio del rey, pero solo él, á causa de su temprana muerte, tendrá sepultura y todo Israel lo llorará. Así sucede. Supónese generalmente, y es muy posible que así sea, que esta leyenda tiene por base una narración mas antigua de un oráculo de Ahías y de la muerte de Abías. Hay que advertir además que esta leyenda está fuera de la situación histórica al decir que Jeroboam habita en Tirsa.

(1) No se nos indica el motivo de este cambio de residencia; mas adelante hacemos alguna conjetura sobre este punto.

(2) Véase sobre el particular el libro siguiente.

(3) Qué motivos pudieran tener para ello los judaitas, cuando las disposiciones de Jeroboam obedecían al temor de la atracción de Jerusalén, es pregunta que no se hace el autor deuteronomista, como tampoco se la hacen nuestros apologistas.

(4) Así debe leerse según Nehemías, 9, 18.

de oro en los santuarios de Dan y Bet-el debe ser juzgada de modo muy distinto del que la juzga el Libro de los Reyes.

La fundación de Jeroboam debe considerarse únicamente como un conato para presentarse como protector y patrono de los antiguos santuarios del país, y ganar en favor suyo y de su gobierno la intercesión y la influencia de sus sacerdotes; no es por tanto mas que un medio empleado para robustecer su autoridad real. No era de temer que el templo de Salomón atrajera á los súbditos del reino del Norte. No era un santuario del pueblo, ni siquiera de una tribu, y era además demasiado moderno para que gozara de especial veneración. Mucho mas temible debía ser para Roboam la influencia de los santuarios del Norte, á los cuales se iba desde tiempo inmemorial para consultar al oráculo y celebrar las fiestas, aun cuando, á pesar del movimiento descrito en las páginas anteriores y que ya empezaba á desarrollarse, no tuvieron significación en un principio sino para las comarcas en que estaban situados. Es muy posible que Jeroboam al hacer aquellas fundaciones tuviese presente el ejemplo de Salomón, y era además muy sensato no edificar un segundo santuario real en Siquem ó en Penu'el, sino anudar antiguas tradiciones populares, como lo había hecho también David en otro tiempo.

Con lo expuesto queda también desvanecido el cargo que se hace á Jeroboam por el nombramiento de nuevos sacerdotes. Tenía igual derecho para hacerlo que David y que Salomón; pero hubiera sido poco prudente ejercerlo, tanto menos cuanto que con ello se habría malogrado el fin que se había propuesto con la consagración de los becerros de oro. En el reino del Norte, donde se hallaban los principales santuarios, abundaban seguramente mas que en Judá las familias sacerdotales; no se ve, pues, la razón que pudiera obligarle á tomar sacerdotes «de la clase del pueblo.» La familia sacerdotal de Dan, que se hacia descender de Jonatas, nieto de Moisés, ministró, por lo demás, hasta la destrucción del reino, según la antigua glosa de Jueces, 18, 30, que tiene todos los caracteres de legítima tradición.

En cuanto á los demás hechos de Jeroboam, y especialmente por lo que toca á los de guerra, nos refiere el autor al Libro de los Anales de los reyes de Israel; y para terminar fija en 22 años la duración de su reinado, y nos dice que tuvo una muerte tranquila y que le sucedió su hijo Nadab.

Con alguna mayor extensión se expresa el narrador en el Libro 1 de los Reyes, cap. 14, v. 21-31, sobre Roboam. Según él, es hijo de Salomón y de la amonita Na'ama; subió al trono teniendo 41 años de edad y reinó 27. Siguen luego los juicios de que hemos tratado sobre el culto de los altos en Judá, é inmediatamente después, como relacionada con lo anterior, la noticia del suceso mas importante del reinado de Roboam: la incursión en Palestina del ya citado faraón Sisak. Según la exposición del Libro de los Reyes (cap. 14, ver. 26-31), parece que Roboam no opuso resistencia alguna al avance de Sisak contra Jerusalén, sino que entregó su capital. Son llevados á Egipto los tesoros del palacio real y del templo, entre ellos también los 500 ó respectivamente 600 escudos de gala de la guardia real, mandados construir por Salomón, y que según un pasaje que solo se encuentra en la versión de los LXX, eran los mismos de que en otro tiempo había hecho presa David en la guerra con los sirios. En su lugar mandó construir Roboam, cuando se hubo retirado Sisak, otros de bronce, que se depositaron en el cuerpo de guardia de la puerta del alcázar, estando bajo la custodia del oficial de guardia en aquel sitio. Siempre que el rey visitaba el templo, le acompañaban sus guardias personales, armados con aquellos escudos, y los devolvían después al sitio donde estaban custodiados. Para todo lo demás se nos

refiere al Libro de los Anales de los reyes de Judá, y después de la importante noticia de que entre Jeroboam y Roboam había habido continua guerra, se nos comunica también la de que este último, cuando murió, fué sepultado junto á sus padres en la ciudad de David, sucediéndole en el trono su hijo Abiam.

Ya se cuidó el mismo faraón de que la posteridad tuviera debido conocimiento de su incursión, la cual tal vez fué causa de que Jeroboam trasladase su residencia de Siquem á Penu'el. En la parte exterior de la pared meridional del templo de Amon, en Karnak, mandó esculpir un bajo relieve que representaba su victoria. En él vemos (1), con proporciones de gigante, la figura del rey, cuya diestra blande la espada amenazando exterminar á un enemigo en postura suplicante, como hecho un ovillo, al cual tiende la mano izquierda. Léense los nombres de las ciudades tomadas en 133 anillos murales; y si bien no se han conservado todos los nombres, ni se han podido identificar todos los que son legibles todavía, de los comprobados se deduce con toda seguridad que la incursión no solo alcanzó á Judá sino también al reino del Norte. Entre las ciudades enumeradas se encuentran poblaciones benjamitas como Gibeon y Be'erot, efratas como Ajjalón y Bet-Horon y hasta según Brugsch, también Ta'anak y Megiddo, en el llano de Kischon. Queda, pues, desvirtuada la hipótesis, tantas veces reproducida, de que Sisak había emprendido la expedición para auxiliar á su protegido Jeroboam. Esto era innecesario, pues que Jeroboam era el mas fuerte. Mejor fundada estaria la suposición de que Jeroboam había dejado tal vez de cumplir determinadas promesas á Egipto, y que éste había emprendido la expedición en castigo y venganza de aquella falta. Mas también pudiera ser equivocada semejante conjetura, no habiendo tenido aquella expedición otro carácter mas que el de una vulgar incursión de rapiña y despojo, como tantas otras llevadas á cabo en la Palestina por los faraones egipcios, y que fueron después pomposamente transmitidas á la posteridad como grandes hechos heroicos. La desmembración del reino davídico pudo excitar al faraón á proporcionarse por poco precio algunos laureles guerreros.

4. Los reyes hasta Josafat y Omri.

Las noticias que han llegado hasta nosotros sobre los reinados de los monarcas que gobernaron á Israel y Judá, después de Jeroboam y Roboam, durante el período de su enemistad, son mas escasas aun que las que tenemos de estos dos últimos. Ponemos aquí sus nombres y entre paréntesis el número de años de reinado que les atribuye el Libro de los Reyes. En Israel: Nadab (2), Baasa (24), Ela (2) y Zambri (7 días); en Judá: Abiam (3) y Asa (41). En las páginas anteriores ya hicimos las observaciones necesarias respecto de estas cifras. De dichos reyes trata el trozo del Libro I de los Reyes, 15, 1-16, 22, y por cierto que en primer lugar de los judaitas, sin intentar una exposición simultánea, siquiera para este período de la guerra entre los dos reinos, para el cual parece tan naturalmente indicada.

Abiam (en las Crónicas, Abía), que según se nos dice subió

(1) Véase la descripción detallada de este monumento en H. Brugsch: «Inscripciones geográficas de antiguos monumentos egipcios,» tomo II, Leipzig, 1858, págs. 58 y siguientes, y Blau, en la «Revista geográfica alemana,» XV, págs. 233 y siguientes; el grabado publicado en esta última obra procede en parte de una fotografía inglesa — la cual á causa de la injustificada interpretación de un anillo mural como significativo de Roboam, no reproduce todo el cuadro, — y en parte del grabado de la obra de Lepsius: «Monumentos de la expedición prusiana,» tomo III, pág. 252.

al trono en el año 18 de Jeroboam, nos es presentado como un rey impío, lo mismo que su padre Roboam. El autor del Libro de los Reyes debió, pues, de encontrar en su fuente, los Anales de los reyes de Judá, noticias sobre Abiam que desde su punto de vista podían ser interpretadas en aquel sentido. A juzgar por lo que se refiere de su sucesor Asa, parece que se trataba de la tolerancia de cultos extraños, pecado de que se acusó también á Salomón. Abiam fué sepultado en la ciudad de David, sucediéndole su hijo Asa (2), del que se nos dice que era un rey piadoso (3). Por desgracia, las disposiciones referentes al culto que de él se relatan, están expresadas con tal inexactitud, propia de la convencional fraseología religiosa del Deuteronomio, que ya no es posible distinguir con claridad las verdaderas causas y el alcance de aquellas medidas. Parece que arrojó del país á los de Kadesch (4) y mandó quitar los ídolos de barro del tiempo de su padre; privó asimismo á su madre Ma'aka de la categoría de reina madre, porque había levantado en el Aschera una abominación ó ídolo abominable, que fué hecho pedazos y quemado en el valle del Cedron. Especialmente esto último es de difícil comprensión, siendo la hipótesis mas probable que el Aschera mencionado aquí sea, como en otros pasajes deuteronomistas, una errónea designación de Astarte (5), y que se trata de la demolición de un lugar de culto consagrado á esta diosa, que estaba bajo la protección de Ma'aka, y en cuyo altar estaria plantado, como en los de Baal y de Jehová, el poste sagrado (*aschera*), que seria el quemado en el valle del Cedron. Otra de las disposiciones de Asa favorables al culto, se dice en 15, 15 que fué la de llevar al templo de Jerusalén las ofrendas hechas por él y su padre (6).

Durante su reinado estuvo Judá, como en tiempo de Abiam, en continua guerra con Israel, habiendo tomado esta guerra un aspecto mas favorable para Judá cuando Asa con-

(2) Indiciándose á Ma'aka, hija de Absalon, como madre de Abiam y también como la de Asa, habría derecho para suponer que este último era hermano menor del primero; queda por averiguar si este Absalon es el hijo de David del mismo nombre, lo que parece probable ya que no se indica dato alguno acerca de su patria, en cuyo caso debería considerarse á la citada Ma'aka como la única hija de Absalon, de que se hace mención, bajo el nombre de Tamar, en 2. Sam., 14, 27. Como el sucesor de un rey suele ser también su propio hijo, podrían fácilmente haberse introducido en 15, 8, las palabras *su hijo*, en vez de *su hermano*. Mas si son exactas las fechas transmitidas de la duración de los reinados de Roboam, Abiam y Asa, y con el citado Absalon se alude efectivamente al hijo de David, entonces hay que tener á Asa por hijo de Abiam. Resulta aun mas enmarañado este punto á causa de que 2. Crónica, 13, 2, da á la madre de Abiam el nombre de Micha (Ma'aka mal escrito), hija de Uriel de Gibeon. En nuestro concepto, lo mas probable es que el dato de 1. Reyes, 15, 10, de que la madre de Asa sea hija de Absalon, proceda del error de un copista, el cual conservaba todavía en la memoria aquel nombre, que ya se cita en el v. 2; allí debió de haber antes otro dato acerca de la procedencia de la madre de Asa, y por otra parte, la madre y la esposa de Abiam tendrían el mismo nombre de Ma'aka, que el v. 12 confirma ser el de la madre de Asa.

(3) Según 2. Crón., 14, 8 y siguientes, su piedad es recompensada prestándole Dios su ayuda para dispersar, junto á Marescha, al rey de Meroe, Zerach, que ha invadido al país con sus mil millares de soldados. Huelga demostrar que esta relación es completamente antihistórica.

(4) Sobre este punto haremos algunas consideraciones cuando tratemos de los usos y costumbres referentes al culto.

(5) Véase la «Revista científica del Antiguo Testamento,» 1881, página 345.

(6) Es demasiado escueto este dato para que de él nos podamos formar un concepto de las ofrendas á que se quiere hacer referencia, pudiéndose suponer que se alude á las hechas por ambos reyes á otros santuarios de Jehová. Además, para poder formular una hipótesis justificada, debería saber en todo caso si esas disposiciones habían sido adoptadas después de amenazada Jerusalén por Baasa, y cuál de los dos textos, el masorético ó el de los LXX, está en lo cierto por lo que toca al dato que sigue luego de los regalos enviados por Asa al rey Benadab.

siguió el auxilio de los arameos. Tanto había descendido el poderío de la casa de David, que se veía obligada á buscar su salvacion en aquel pueblo, sometido por David en otro tiempo y que se había separado del reino durante el gobierno de Salomon. En el Lib. I de los Reyes, 15, 17 y siguientes, se nos refiere que Baasa, rey de Israel, habiendo marchado contra Judá, tomó á Rama en Benjamin, situada á unas dos leguas al Norte de Jerusalem, y la fortificó, para desde allí bloquear la capital judaíta. En esta situacion apurada, acude Asa á Hadadeser (Benadad) ben Tabrimmon, rey de Damasco, á quien envía por medio de una embajada todo el oro y plata que se encontraba en el palacio real y en el templo (segun el texto masorético, *que había quedado*), suplicándole que le socorra y declare la guerra á Israel. Benadad acepta la alianza que se le ofrece, y sus ejércitos invaden el Norte de Israel, devastando á Ahion, Dan, Abel-Bet, Ma'aka y la tierra de Neftali. Así se inaugura la era de aquellas funestas incursiones de los sirios, en las cuales debía gastar Israel sus mejores fuerzas, como consecuencia de la propia desunion del pueblo. La historia del reino del Norte adquiere entonces su sello característico, porque desde esta época está influida en todos puntos por la política de Damasco. Baasa se ve obligado á abandonar las obras que había empezado, y de las cuales se apodera Asa tan pronto como aquel se retira á su residencia en Tirsa (1). Los materiales de construccion acopiados por el rey israelita, son aprovechados por el de Judá para fortificar á Geba y Mispa (2), en las cercanías de Rama.

El relato bíblico se refiere luego á los Anales de los reyes de Judá, para imponernos de los demás hechos de guerra de Asa y de sus edificaciones, diciéndonos por último que en su vejez enfermó de los piés y que despues de muerto, fué sepultado en la ciudad de David (3). Su hijo y sucesor Josafat cerró la era de la lucha con Israel.

En este punto empieza el narrador su relacion sobre los reyes coetáneos de Israel. Despues del largo y enérgico reinado de Jeroboam viene el corto de su hijo Nadab, el cual, segun el Libro de los Reyes, fué un monarca que, como su padre, procedió mal á los ojos de Jehova; ya sabemos el valor que hemos de dar á este juicio. Nadab pierde el trono y la vida á causa de una sublevacion militar; sitiaba la ciudad filisteá de Gebbeton, cuando Baasa ben Achias, de la tribu

(1) Era paso muy acertado establecerla en la comarca occidental del Jordan. Es probable que Baasa, como fundador de una nueva dinastía, prefiriera fijar su residencia en Tirsa á ocupar la de Jeroboam en Siquem; no creemos que haya quien á esto pretenda oponer el v. 33 del cap. 15.

(2) Un aljibe construido por Asa en Mispa, en aquella ocasion, representa un papel especial hácia las postrimerías de la historia de Judá; Jeremías, 41, 9.

(3) Mas adelante verá el lector explicada la razon por qué el narrador, que pasa en silencio tantos sucesos importantes, es tan escrupuloso en hacer mencion cada vez del entierro de los varios reyes en el sepulcro hereditario.

de Isacar, se levantó contra él y le mató. Probablemente Baasa seria general y estallaria la sublevacion en el campamento. Segun la inveterada costumbre oriental, al asesinato de Nadab siguió el exterminio de toda la familia de Jeroboam.

Baasa fué sepultado en Tirsa (4). Sucedióle su hijo Ela, el cual, sin embargo, no gozó mucho tiempo de su trono, pues á los dos años de reinado fué vengado en su persona el crimen de su padre: murió á manos de Zambri, comandante de la mitad de los carros. En 1. Reyes, 16, 9 y siguientes se nos dice muy brevemente que Zambri mató á Ela cuando estaba embriagado en casa de su mayordomo Arsa, el cual sin duda tendria parte en la conspiracion y habria preparado una celada al rey al convidarle á un festin. Por el contexto del relato vemos que el ejército israelita se encontraba entonces, acaudillado por el general Omri (Amri), delante de Gebbeton, ciudad que no había sido reducida todavía, ó que se había vuelto á perder, y en cuyo sitio había sido asesinado anteriormente Nadab, hijo de Jeroboam. Tal vez era característico de Ela el quedarse tranquilo en casa durante la guerra, y esto explicaria la conjuracion; Zambri aprovecharia para la ejecucion de su plan el momento de su presencia en la corte, á la cual se había trasladado quizá por orden de Omri. El usurpador no solo exterminó á toda la familia de Baasa, sino que dió muerte tambien á todos sus amigos; mas solo pudo gozar de un reinado de 7 dias. Tan pronto como el ejército que estaba delante de Gebbeton tiene noticia de lo sucedido, proclama como rey á su general Omri, y éste lo conduce inmediatamente á Tirsa. Viendo Zambri que la ciudad no puede resistir un sitio, para no verse obligado á entregarse ó á recibir la muerte de mano enemiga se retira al palacio real, le prende fuego y perece entre las llamas. Tampoco Omri fué acatado desde luego por todo el pueblo, y tuvo que luchar con un partido contrario y no inferior en fuerzas al suyo, el cual defendió como pretendiente á un varon llamado Thebni, de quien no se hace otra mencion (5). En definitiva prevalece el partido de Omri y es éste reconocido unánimemente como rey despues de la muerte, violenta á no dudarlo, de Thebni (los LXX añaden: *y de su hermano Joram*). El autor del Libro de los Reyes no cree necesario relatar los detalles de la lucha (6) como tampoco los de la conjuracion de Zambri.

(4) La profecía de Jehu ben Hanani, 16, 1-4, disloca la fórmula convencional con que termina el trozo referente á Baasa, y por lo mismo se desprende que es una intercalacion posterior, originada probablemente á consecuencia de 16, 7, ó mas bien de 16, 12.

(5) El Libro de los Reyes dice que hubo lucha, en la cual venció Amri ú Omri y murió Thebni. (N. del T.)

(6) La naturaleza de los sincronismos del Libro de los Reyes no permite, basándose en una combinacion de 1. Reyes, 16, 15 y 23, fijar en 4 años la duracion de la guerra civil; es de suponer además que Omri empezara á contar los años de su reinado desde la muerte de Ela.

LIBRO SEPTIMO

CREENCIAS Y COSTUMBRES DE ISRAEL EN LOS TIEMPOS ANTEPROFÉTICOS (1)

Preliminar.

En el umbral ya de la época de las guerras sirias, hemos llegado al punto extremo hasta el cual podíamos aplazar algunas consideraciones sobre las creencias y costumbres mas antiguas de Israel; pues esta época de las guerras con los sirios es tambien la de la lucha entre el profetismo mas antiguo y la casa de Omri, y de la religion y las costumbres nacionales contra las invasoras creencias y costumbres exóticas. El desenvolvimiento de la religion de Israel se ve contrarrestado en su progreso por esta dinastía, la cual sucumbe en la lucha; y solo podemos comprender esta lucha y el peligro desviado por ella, penetrándonos del modo de ser de la religion de Israel en aquella época y formándonos una idea clara de su esencia. Es, asimismo, conveniente que nos hagamos cargo á un tiempo de todo el desarrollo de la religion de Israel hasta que aparecen los profetas escritores, pues los antiguos no aportan á ella nuevas ideas, sino que vienen á defender — como quedará demostrado — una concebida y acariciada desde muy antiguo y que, amalgamada con otras, está en peligro de ser absorbida por sus afines y desaparecer por completo. Los antiguos profetas aseguran el desenvolvimiento de la religion de Israel en los moldes que hasta entonces había tenido, mas la evolucion final de este desarrollo solo se nos presenta en la época en que aparecen é influyen los profetas escritores; estos constituyen la nueva fuerza que hace avanzar á la religion desde el punto de inercia á que había llegado.

Con lo expuesto queda dicho que lo que se debe entender por religion y costumbres anteproféticas de Israel no son únicamente los conceptos que sobre esos dos puntos se deducen de escritos anteriores á la aparicion de los profetas escritores,

(1) Reiteramos aquí la súplica expresada en las primeras páginas, y dirigimos además á los teólogos que lean esta parte de nuestra obra la de que se sirvan tener presente que no es este el sitio á propósito para aducir pruebas de todos los detalles. Por otra parte, ya contamos con que nuestras disertaciones solo podrán ser apreciadas por aquellos que tengan el valor moral para modificar conceptos adquiridos, y que han conservado, ó asimiládose de nuevo, la facultad, de que mañosamente se ha privado á la moderna generacion teológica, de distinguir entre razones y evasivas. Como es natural, renunciamos desde luego á llegar á una inteligencia con los apologistas mal avisados que se figuran defender el Cristianismo retrayendo sus manifestaciones mas esenciales á los tiempos anteriores á Cristo. El mal de este estado de cosas es que muchos que deliberadamente persiguen otros fines, se dejan influir inconscientemente por rudimentos de esos conceptos y resabios de la enseñanza teológica á que hemos aludido. Es de esperar, sin embargo, que poco á poco irá extendiéndose á círculos cada vez mayores el convencimiento de que ninguna manifestacion ú opinion adquiere mayor valor porque se le den cien ó cincuenta años mas de los que pueda tener de existencia.

sino que deben aprovecharse tambien todos los datos libres de influencias proféticas, ó contradictorios de ideas proféticas, procedentes de la misma época de estos.

Si se quieren describir las creencias y las costumbres de un pueblo, si se desea definir — lo que es inseparable de esta descripcion — el grado de cultura humana, especialmente intelectual, que ha alcanzado, se ha de empezar lógicamente por la idea que tiene de la divinidad, porque de esta idea procede el culto y en él se reflejan todas sus peculiaridades. El culto de los dioses — no nos cansaremos de repetirlo muy alto y muy á menudo á nuestros contemporáneos ofuscados por toda clase de vacías vulgaridades y doctrinas antihistóricas — es el generador de todos los organismos sociales; los dioses son las formas visibles en que se encarna, por decirlo así, la creencia en los poderes invisibles, y, por lo mismo, su culto es al propio tiempo el generador de toda civilizacion humana, la cual solo por medio de él y en él se puede desarrollar. La familia se ha formado en torno del altar doméstico; el matrimonio asegura la perpetuacion del culto del hombre, y son sus herederos los hijos de los cónyuges, que sacrifican en el mismo altar. Así, el derecho de propiedad tiene sus mas hondas raíces en el culto. El linaje es el círculo de las familias unidas por el mismo culto, y los linajes ó conjuntos de familias están ligados, por su participacion en un mismo culto, á la tribu, á la comunidad urbana y al Estado. De este modo, el culto no solo era en la antigüedad el elemento principal de las costumbres patriarcales y sociales, sino tambien su generador y conservador.

Parece, pues, que aun por razones generales debemos empezar por una exposicion del concepto que tenia Israel de la divinidad, aparte de las muy especiales que precisamente en este pueblo creemos hallar en favor de este procedimiento: Israel es el pueblo de Jehova y estos dos nombres son inseparables; es el pueblo de la naciente religion universal, y en esto estriba nuestro interés en su historia.

No será este, sin embargo, el método que emprendamos, y eso por consideracion á puntos de vista prácticos. Discrepan de tal modo de la realidad las ideas formadas de las creencias religiosas de Israel, no sólo por la masa de las personas que se dicen instruidas, sino tambien por la mayoría de aquellas que han dedicado á este punto sus estudios particulares, que al que conoce tal discrepancia, debe parecerle conveniente empezar por inspirar al lector el convencimiento de que no puede esperar otra imágen mas exacta de las primitivas creencias de Israel que la que se le va á presentar.

Esperamos conseguir este objeto empezando por la descripcion, no de la raíz, sino del fruto, segun el cual se podrán apreciar igualmente las cualidades del árbol que lo ha pro-